

Zulmiera, la muchacha medio caribe:

| Una leyenda de la sabana

Traductora: **Rosana Herrero-Martín**
Antigua State College & UWI (Antigua)
American International College of Arts and Sciences -
Antigua (AICASA)

Introducción de la traductora

No existe unanimidad respecto a la autoría de esta leyenda, y tampoco se conocen muchos datos biográficos de la que se asume como la autora más probable, de esta, la primera obra histórica escrita sobre Antigua y Barbuda. La hipótesis más extendida atribuye el texto a la señora Lanaghan, una mujer oriunda de Cork, Irlanda, casada con un tal Dr. John Lanaghan, quien ejercía en la isla caribeña de Antigua, y que tal y como ella misma expresa en el preámbulo, había residido largas temporadas allí antes y después de la abolición de la esclavitud el 1 de agosto de 1834. La obra consta de dos volúmenes y en ella se retratan los primeros doscientos años de historia antiguana desde la colonización británica, intercalando material testimonial, legendario-ficticio, científico, así como documentos oficiales de la época. En el primer volumen se abordan los inicios de la colonización británica, con especial énfasis en la contribución de varias familias aristocráticas al desarrollo de los sistemas legales, administrativos y agrícolas de la isla. El segundo volumen comienza explorando distintos aspectos sociales de la realidad interracial en este territorio (pueblos indígenas caribe, población esclava negra, plantocracia británica) y termina con tres capítulos dedicados a la flora y fauna.

La leyenda de Zulmiera reúne todos los ingredientes de una tragedia isabelina: intrigas palaciegas, traiciones, matanzas, pasiones fatales... eso sí, entreverados estos de paisaje, historia y sociedad del Caribe colonial. Este es el relato, por un lado, de los aciagos amores entre Zulmiera, la bella esclava caribe, doncella de la hija del gobernador de Antigua (quien fuera amigo íntimo de Oliver Cromwell), y de Ralph Merefield, un joven apuesto inglés, fiel seguidor del rey Carlos I de Inglaterra. Por otro lado, es también la doble crónica de un exter-

minio anunciado —el del ya diezmado pueblo caribe de Zulmiera, a manos de las tropas del gobernador— y de una potencial reina traicionada por su propio pueblo.*

El sol se hundía deprisa al oeste, pero sus rayos menguantes no hacían sino proyectar una gama de tonalidades cromáticas aún, si cabe más intensa, sobre cada objeto, cuando una comitiva formada por tres personas surgió de unos pequeños matorrales y se detuvo en lo alto de una loma saliente.

Al frente de la comitiva iba un hombre que con toda probabilidad rondaba ya la añeja edad de los cincuenta; pero su mirada aguileña, su porte inquebrantable, hablaban de lo bien que le sentaban los años. Era lo que se podría decir un hombre apuesto; sin embargo, cierta mueca de desdén en el labio superior, así como cierta expresión de indiferencia despectiva, si bien aparentemente contenida, planeaba sobre su inquietante mirada color avellana, por no hablar de una frente surcada de profundas líneas, y henchida de pasiones hibernadas, que no más esperaban el momento preciso para pasar a la acción. Todo esto mermaba en cierta medida lo que en todo caso representaba el amable retrato de su fisonomía. Eso sí, también vetaba eficazmente cualquier intento de familiaridad. Una cicatriz profunda y poco estética, efecto de un sablazo, que arrancaba de la oreja derecha, atravesando la mandíbula, perjudicaba aún más su atractivo. Iba ataviado con un traje de terciopelo negro del tejido más fino, cuyo tono sombrío quedaba parcialmente aliviado gracias a los cierres de diamantes, y a las hebillas de las rodillas, de la misma costosa piedra. Por encima del jubón, hacía acto de presencia un pequeño cuello del linón más fino; una Andrea Ferrara de funda negra, con su empuñadura Basket Hilt, le pendía del flanco, y unas botas de piel de ternera completaban su atuendo. Tal vestimenta, bien ceñida a su figura, realizaba la corpulenta, si bien perfecta simetría de su persona; acá y allá su cabello castaño oscuro, rapado a la altura de las sienes, se veía salpicado por la insignia gris de la vejez, el sombrero en punta típico de su secta y de su época, delataban su condición real de amigo de Cromwell —la de ser el gobernador cabeza pelada¹ de Antigua—.

La siguiente persona que apareció en el claro era Bridget, la hermosa hija del gobernador. Si alguna vez existió una personificación de máximo encanto, esta adquiriría forma en Bridget. Con diecisiete años apenas cumplidos, su fina pero redondeada figura, así como sus facciones dulces y atemperadas, eran la admiración de quien la contemplaba, y acaparaban su atención, al tiempo que daban la

idea de una sílfide encarnada. Su complexión era de una coloración etérea, sobre la que el poeta diría: “Por favor, llámenlo candor, no palidez”.

Ni la azucena lograría superarla en pureza de color, si bien con cada efluvio de su candoroso corazón, las delicadas mejillas adquirirían un tenue matiz rosáceo; mientras que los pucheros que dibujaban los pequeños labios, con todo su rico fulgor coralino, desautorizaban eficazmente toda suposición de mala salud. Sus rasgos más sobresalientes eran: una nariz ligeramente aguileña, una barbilla de corte clásico, con hoyuelo incluido, una frente hermosa y despejada, en la que se podía rastrear cada vena cerúlea. Y mimetizándose con ellos destacaba la dulzura, la gracia femenina y ese algo inenarrable que constituye la auténtica belleza. Pero sus ojos –aquellos ojos tiernos y hermosos– al contemplarlos con regocijo cada vez que alzaba las largas pestañas, eran un compendio de sus rasgos desprovistos de toda pretensión de gustar; aquellos orbes líquidos compensarían ampliamente por todo. Diáfana como la avellana más clara, cada mirada que se desprendía de ellos hablaba de los sentimientos más íntimos de su alma, y ya fuera que irradiaran compasión, o destellaran regocijo, igualmente revelaban la bondad de su naturaleza.

Su padre, aun siendo puritano, no le negaba a su hija, no más que a sí mismo, el uso de algún que otro ornamento. Ceñida a su grácil cabeza, llevaba una banda de perlas que se empeñaba en vano en contener los abundantes mechones castaños de su suave y lustroso cabello, que al soltarse, flotaba ensortijado sobre sus hombros. Los sofisticados y amplios pliegues de su vestido de raso gris perla se derramaban hasta los pies, a cuya altura asomaban unas pequeñas chinelas, y la faja de perlas que rodeaba su esbelta cintura realzaba las admirables proporciones de su figura. La rígida gorguera puritana de linón, en la que se podía contar cada uno de sus pliegues, le parapetaba el cuello, y alrededor de su pequeña y blanca garganta llevaba abrochada una gargantilla con sus gemas favoritas, no más puras en su tonalidad que su propia piel clara. Atada bajo su pequeña y redonda barbilla, lucía una toca del mismo color que el vestido, con forro color rosa pálido, que en un arrebatado de desenfado propio de su naturaleza, se la había desatado para poder disfrutar más a gusto de los encantos del atardecer.

El personaje restante con el que se completaba el trío distaba mucho, en todos los aspectos, de parecerse a los descritos anteriormente; y sin embargo, a pesar de caminar varios pasos detrás de Bridget –a fin de marcar la diferencia de su rango, si bien lo suficientemente cerca como para participar en la conversación– su porte distinguido e imponente constituía igualmente un reclamo para la atención

y admiración. El tono aceitunado de su tez, los ojos negros y grandes que encandilaban con su luz, y el cabello negro azabache, trenzado y enroscado en varias vueltas alrededor de la cabeza, daban a entender que no era del mismo país, ni de la misma raza que su señora. Sierva como era –esclava, en realidad– parecía nacida para mandar, y muy osada debía de ser la persona que soportara por segunda vez el chispazo de su fulminante mirada. Moldeada con una hechura más amplia que la de Bridget, su silueta no dejaba de guardar unas proporciones sumamente simétricas; por no hablar de unos brazos redondeados y unos dedos estilizados que bien habrían servido de modelo a la Diosa de la Belleza: dicha hembra era Zulmiera, la muchacha medio caribe.

La madre de Zulmiera era una mujer caribe muy hermosa, la cual, debido a aquella partición deplorable de su pueblo llevada a cabo entre los ingleses (tras la masacre de sus compañeros varones en San Cristóbal durante el mandato de sir Thomas Warner en dicha isla), pasó a formar parte de la propiedad de un joven inglés, seguidor del hijo de sir Thomas Warner, en su posterior colonización de Antigua. Xamba acompañó a su señor en su nueva residencia, y allí le dio a luz a una hija; pero murió poco después, y la pequeña creció con la familia del gobernador. Tras la reducción de Antigua a manos de sir George Ayscue, y la instauración de un gobierno republicano, en sustitución al del opositor a la soberanía de Cromwell, Zulmiera, quien rápidamente rezumaría feminidad absoluta, ante las encarecidas súplicas de Bridget Everard, y hechizada esta con la elegancia no instruida de la bella doncella india, fue ascendida a su acompañante. Dicho sea de paso, tal cargo no contó con el respaldo absoluto del gobernador. Vehemente partidario de Cromwell, y rabioso opositor del partido monárquico y de sus secuaces, era de la opinión que la muchacha había mamado demasiado tiempo de los principios de aquella gente como para llegar a ser fiel servidora de la hija de un republicano. Pero Bridget era su única descendencia: una muchacha sin madre, y con todo lo severo e intransigente que era con los demás, sus nervios de acero cedían ante las caricias juguetonas de su hija.

Sin embargo, había otro motivo, si cabe más profundo, de objeción a Zulmiera. A medida que fue conociendo mejor a la joven india, se percató de que era demasiado altiva para poder congeniar con su propia arrogancia. Demasiado engreída y olvidadiza de su verdadero rango como sierva, y al parecer convencida de que, puesto que servía a la señorita, ella era de hecho igual, no superior, a ella.

Lo cierto era que Zulmiera albergaba muy vivo este sentimiento. Se consideraba descendiente (por parte de madre) de un largo linaje de caciques: de aquellos

que habían gobernado aquellas tierras y que habían recibido de sus morenos súbditos un tributo que ya habrían querido para sí los monarcas de naciones más civilizadas.

Siendo esta la imagen que trascendía de Zulmiera, no era de extrañar que el gobernador no se fiara de ella. Tampoco la muchacha ignoraba lo que este pensaba; de manera que sus sentimientos de animadversión eran mutuos. Ella sabía que él la odiaba, y él sentía que ella, dentro de su corazón, lo despreciaba. Sin embargo, Zulmiera adoraba a Bridget –pues ¿quién no habría de adorar a aquella muchacha rubia y gentil?–, de hecho, la adoraba con una intensidad fervorosa desconocida entre los habitantes de climas más fríos... y por ella habría sido capaz de derramar la mejor sangre de su corazón. Ni qué decir tiene que para Zulmiera el amor y el odio eran pasiones totalmente absorbentes. Pero había alguien más que ocupaba el primer lugar en el corazón de Zulmiera... alguien que era para la joven medio india y medio instruida su “idolatrado dios”.

Pero volvamos tras los pasos del trío. Habiéndose alejado del escondite de los matorrales, la comitiva se detuvo en pleno, y haciendo cada cual acopio de diferentes sentimientos, se dispusieron a contemplar el paisaje que se extendía ante ellos. La ligera pendiente de la cima donde se encontraban había sido despejada y estaba ahora plantada de tabaco, cuyas extensas hojas verdes y delicadas flores como trompetas atraían la atención de numerosos y magníficos insectos. La plantación llegaba hasta el final de un bosquecillo silvestre, donde crecían matorrales autóctonos y maleza junto a árboles más altos, formando una espesura prácticamente impermeable. Más allá de este bosquecillo, las aguas de un hermoso arroyo que corría tierra adentro durante un corto trecho brillaban como el oro bajo los rayos del sol poniente. A cada lado se alzaban lomas onduladas rodeadas de infinidad de diminutas plantaciones, pertenecientes a algunos de los primeros pobladores. Más allá aún se extendía el ancho mar con sus olas interminables en calma chicha, excepto en una parte, donde una larga dorsal de saliente rocoso las hacía zozobrar y por ende emitir su bramido de enojo².

En la base de la loma sobre la que se encontraban, tenía su recorrido serpenteante un camino de herradura que se bifurcaba en dos direcciones: uno atravesaba la populosa villa de Falmouth, el otro se extendía hacia las orillas del hermoso puerto³, donde algunos afanosos pobladores cultivaban los campos colindantes. Por este camino se pudo ver a un jinete solitario avanzando lentamente en dirección al puerto. Al llegar a la falda de la loma, ató en corto las cabriolas de su corcel, y dirigiendo la mirada hacia la comitiva, levantó su sombrero emplumado y se

inclinó hacia delante a modo de grácil reverencia. Los ojos oscuros de Zulmiera chispearon de regocijo, y como estaba parada detrás del gobernador y de su hija, pasándoles desapercibida, levantó la mano para devolverle el saludo, mientras que en ese preciso instante, un rubor de lo más encendido le subió a Bridget por las mejillas, llegándole el sonrojo incluso hasta la garganta. El jinete inclinó de nuevo la cabeza, y colocándose el sombrero, azuzó las adornadas riendas y se alejó a galope en la dirección seleccionada para su divertimento ecuestre.

Siguiendo con la mirada al emplumado extraño hasta que este se perdió en el bosquecillo intermedio, el gobernador se giró hacia su hija, y clavándole una penetrante mirada, exclamó: “Conque los designios del maligno resultan ser más evidentes de lo que eran. Pero óyeme bien, Bridget”, y su mirada se tornó más severa y siniestra, al tiempo que la pupila se le dilataba con ímpetu incipiente, y el labio altivo se torcía en un gesto de desprecio *in crescendo*, “óyeme bien, Bridget, antes de verte apareada con uno de esa calaña, prefiero desollarte con mis propias manos –ea, lo mismo que Jefté mató a su hija, yo te mataré a ti–”. Muy perturbada y asustada, la muchacha se lanzó al pecho de su padre, y entre lágrimas y sollozos, balbució: “Padre, mi querido padre. No piense así. Raphe de Merefield no es para mí; nunca me habló sino con la más estudiada cortesía, y lo cierto es que rehúye, más que procura, mi presencia”. “Está bien, pues, señorita, entonces mis sospechas son infundadas; el lobo no ha entrado en el redil a robar un tierno corderito; pero vengo observándolo últimamente deambulando por estas tierras, y temía que mi hija fuera el blanco. Pero escúchame bien”, y de nuevo se le encendió la mirada, y se le estremeció el labio, “ciertamente, conozco bien a ese joven –vaya, mejor de lo que él me conoce a mí– puesto que su padre era mi vecino y mi enemigo más mortífero, y lo que es más, ¡enemigo de Cromwell! Fue él quien asistió a ese tirano de Carlos Estuardo en su huida de Hampton Court, y luego lo auxilió en su larga pugna por mantener posesión de una corona que hacía tiempo estaba condenada a la ruina. ¡Fue él quien le mendigó a su hermano la financiación de los perversos designios del bien asesinado tirano! Y fue él quien, en la batalla de Naseby, me dio este repugnante sello de reconocimiento”, dijo señalando la cicatriz que le desfiguraba la mejilla. “Pero mira si no terminó en apuros. Vaya si lo hizo que cayó como una hoja seca. Fíjate bien, al igual que se apretó los machos el día de la batalla, yo también me apreté los míos; y al igual que aniquiló a sus enemigos a punta de espada, yo también con mi fiel arma tendí en el suelo al insolente filisteo, de ahí no se levantará jamás. Hazte una idea, pues, si es que puedes, de lo mucho que aprecio a tu caballero, a ese que ha mamado leche teñida de papismo –¿o no es verdad que esa mujer babilónica a la que llaman reina de Inglaterra lo crió desde la cuna y le enseñó todas

sus brujerías?—. De haber mi honorable amigo y maestro, el protector, seguido mi consejo, este joven traidor a la mancomunidad no se habría escapado jamás de Inglaterra dispuesto a diseminar su veneno ponzoñoso en el exterior. Cromwell debería haber aplastado el huevo antes de que incubara. Pero lo cierto es que soy de sangre caliente e impaciente por no considerar que llegará el momento en el que los rebeldes y los archirrebeldes se desvanezcan cuando la escarcha se derrita ante el sol. Me ha llegado información de que la intención de Cromwell es la de enviar, en el curso de un par de meses, un escuadrón contra Santo Domingo, y mis instrucciones son las de supervisar que salga de esta isla una tropa adecuadamente alistada para unirse a la expedición. Es mi decisión que el señorito Raphe de Merefield sea uno de los caballeros que preste sus servicios en este asunto; una bala certera, o mejor aún, una estocada bien asestada del florete de un español me puede librar de sus maquinaciones. Y si se niega a luchar bajo el pendón de la mancomunidad, ciertamente constataré que se le ha pegado la malignidad de su padre y entonces más me valdrá, por el bien de Cromwell, ponerlo a buen recaudo, no sea que tengamos otra revuelta cuando menos nos lo esperemos”. Dicho lo cual, el gobernador avanzó unos pasos, y protegiéndose los ojos de los rayos de sol que quedaban, oteó unos instantes la escena que tenía delante.

Huelga decir lo que le pasó por la cabeza a Bridget durante la anterior conversación, sin embargo, los sentimientos que se agolparon en el corazón de la muchacha caribe al oír las calumnias que se vertían sobre su amado eran violentos y de varia índole. Odio, desprecio y venganza encendían su mirada, lanzando un torrente de sangre caliente por sus venas, que al arribar desbocados a su cara, tornaron el tono claro aceitunado en un exaltado carmesí. No obstante, estaba tan acostumbrada a controlar sus sentimientos, que antes incluso de que su joven señora se recuperara lo suficiente como para dar comienzo a otro tema de conversación, su compostura era la misma, la de un ser aparentemente calmo, las manos cruzadas a la altura del pecho. Únicamente tenía los ojos más dilatados y las mejillas ligeramente coloreadas. Aún así nadie habría dicho que nada la hubiera conmovido un ápice.

Una exclamación del gobernador, quien en los últimos minutos había clavado su mirada fijamente en una dirección, acaparó la atención de su hija, y, tocándole suavemente el codo, le preguntó si se dirigía a ella. “Mira, Bridget”, replicó el padre, en tono aún desabrido, si bien no discorda, “fíjate en ese bosquecillo de ahí, ¿no ves algo que se mueve?”. “No veo nada, querido padre”, contestó la muchacha con su característica dulzura, “no veo nada, excepto que el céfiro suave se está divirtiendo entre las jóvenes hojas verdes, tocando su música de

hadas con ellas”. “¡Pobre ilusa! Pero de prisa, muchacha, alcánzame ese asombroso instrumento que me dio el lord general, que quiero echar un vistazo con más detenimiento a ese bosquecillo, me parece que alberga más intrusos de los que pensábamos. He oído hablar de los indios salvajes y sus fechorías”.

Soliviantada por sus comentarios, Zulmiera dio un paso al frente, y con voz agitada que intentaba reprimir en vano, exclamó, “Ah, no, su Excellencia, ahí no hay nada, aparte, como dice lady Bridget, del susurro del viento o los pajaritos que van en busca de una enramada frondosa”. “¡Atrás, muchacha!”, le recriminó feroz el gobernador, “vuelve a tu sitio; ¿se puede saber quién te enseñó a aventurar comentarios? Me parece que tus señores caballeros deberían haberte dejado más claro cuál es tu lugar”.

De nuevo la sangre se agolpó en las mejillas y sienes de Zulmiera –de nuevo se le encendió la mirada– pero una vez más controló sus emociones; sin embargo, con voz demasiado baja como para que percibiera el mensaje el oído de su compañero, exclamó: “Descansa hasta mañana por la noche, hombre orgulloso, luego ya te enterarás de quién gobierna aquí”.

En ese preciso instante, Bridget puso en la mano de su padre el recientemente inventado telescopio. Alzándolo ante sus ojos, fue observando con detenimiento toda la extensión del bosquecillo; algo retirado, se divisaba el arroyo y más alejado aún, el océano; pero su mirada no dio con nada –nada, excepto el verdor ondulante, o el ala de algún ave marina fatigada en busca de su nido–. Despacio, el gobernador fue desprendiéndose del instrumento, y una vez más dirigió la vista fijamente en aquella dirección. El sol se había puesto hacía unos minutos, y en cuanto diluyó por el oeste el último de sus dorados rayos, dio media vuelta, y seguido de las fémias, volvió a perderse entre los verdes matorrales.

Era una deliciosa y apacible noche antillana. La luna relucía con todo su esplendor, extendiendo un baño de luz plateada por pastos y prados, tierras altas y bosques. Ya hemos apuntado que las aguas del riachuelo rebosaban belleza, y las olas del remoto océano, al irrumpir con mesurada cadencia en la playa, irradiaban musicalidad en el oído de quien escuchaba.

Una figura imponente, envuelta en una túnica oscura, se deslizaba por detrás de una cortina de limoneros y cafetos, y al llegar al claro, miró con cautela alrededor. Como si estuviera convencido de que sus movimientos pasaban inadvertidos, la figura salió disparada hacia una magnífica arboleda, pero a un paso tan

ligero, que apenas habría aplastado a la flor más modesta. Al llegar al borde de la arboleda, se paró, y posando un dedo sobre una pequeña vihuela que llevaba debajo de su amplia capa, tocó una sola nota. El crujir de las ramas y las hojas más jóvenes indicaron que se había oído la señal, y cual resorte salió de su escondite un hombre joven, exclamando: “¡Zulmiera!, ¡mi querida Zulmiera! ¡Cuánto te has demorado esta noche!”.

La luna aún alumbraba con luz clara y resplandeciente, exponiendo cada objeto de manera nítida, y dejando plena constancia del pintoresco atuendo del vehementemente extraño. Su figura era delgada pero perfectamente constituida, mientras que la piel clara y las mejillas encendidas revelaban su origen sajón. Sus ojos eran de un azul sumamente claro, y sus mechones cobrizos se dividían en el medio de su frente, cayéndole por los hombros, largos y abundantes como los de una mujer. Un ligero bigote sombreaba su labio superior, ligeramente curvado, dejando ver unos dientes impecables tanto en tamaño como en color. Su vestimenta, confeccionada en ese soberbio estilo tan del gusto de los seguidores de Carlos, consistía en un jubón de tres paños de terciopelo de color morado, cortado y forrado con raso blanco, y ornamentado con elaborados bordados; el cuello a la valona de finas randas y las prendas inferiores a juego con el jubón, estaban rematadas en las rodillas con rosas de raso blanco y tachones de diamantes. Amarrada al flanco por un cinturón bordado, llevaba una pequeña espada toledana, admirablemente templada con empuñadura de oro macizo y cubierta de brillantes, y abrochado con un botón de diamante y adornado con una pluma blanca como la nieve, un sombrero flamenco de pelo de castor, que protegía sus facciones un tanto aniñadas. La capa corta oscura, con forro de tafetán blanco, que llevaba puesta, y que arrojó a un lado al ver a Zulmiera, flotaba por detrás de su hombro derecho, dándole aún, si cabe, un mayor aire de grácil elegancia.

“Mi querida Zulmiera”, dijo el joven extraño, sentándose sobre el tronco de un árbol de grandes dimensiones que, habiendo sido arrancado por un huracán y ligeramente cubierto por un poco de tierra aluvial, había brotado alguna que otra rama enfermiza, “mi querida Zulmiera, te he estado esperando tanto tiempo. ¡Tengo tanto que contarte! He estado observando cada una de las estrellas que asomaban desde los cielos, he oído el estridente trino del sarapico mientras volaba a su nido, pero no lograba escuchar tus ligeros pasos. Dime, querida, ¿qué te ha apartado de nuestro árbol de citas?”. “He estado hasta ahora mismo atendiendo a mi señora”, replicó Zulmiera con tono irónico, poniendo fuerte énfasis en la palabra ‘señora’, al tiempo que cierta mirada de desprecio transitaba sus expresivos rasgos. “De lo contrario, qué duda cabe que me habría encontrado contigo

hace tiempo. ¿Dónde, Raphe, abría de buscar descanso el ave de ala fatigada, sino al lado de su estimado compañero? ¿O por qué habría aquella flor blanca”, dijo, apuntando a un jazmín de noche que crecía por allí cerca con toda su exuberancia silvestre y embriagaba el aire con perfume dulce e intenso, “¿por qué habría de apresurarse aquella flor blanca a abrir sus lindas hojas tan pronto como se desvanece el día, de no ser porque fuera al encuentro del tierno amor de esas hermosas estrellas que parpadean sobre nosotros? Raphe, tú eres mi pareja, tus ojos son mis estrellas, y en ellas leo mi destino”. A esta tierna, si bien fantasiosa rapsodia, Raphe de Merefild no dio ninguna respuesta, pero sí apretó la hermosa mano que descansaba en la suya. La medio caribe continuó: “Pero no fueron estas palabras, Raphe, las que me trajeron aquí tan tarde esta noche. Ven conmigo”.

Incómodo por tener que ser guiado por ella, Raphe siguió a Zulmiera. Salieron del escondrijo donde habían estado sentados y caminaron hacia la explanada ya mencionada. Pendiente arriba, por encima de las copas de los árboles, que crecían profusamente, formando toda una barrera alrededor, los rayos de la luna caían sobre el tejado de un edificio irregular pero espacioso. Se trataba de la casa de la gobernación. A través de un claro en el recinto boscoso se podía ver cómo brillaba la luz de una candela desde una pequeña ventana batiente de vidrios en forma de rombos, en un extremo de los frontones del edificio. “En esa habitación”, dijo la romántica muchacha, dirigiendo la atención de Raphe sobre ella, “duerme alguien, a quien, después de ti, amo más que a nada en este mundo, y a pesar del desprecio y la dureza con la que me ha tratado su padre, ella ha de ser y será salvada. Prométeme, Raphe, por el amor que me profesas, que protegerás a *lady* Bridget igual que protegerías a una hermana. Los espíritus salvajes estarán bien lejos antes de que se ponga y salga de nuevo el agradecido sol, o aquellas lindas estrellas nos parpadeen, y si bien creo que cuidarán de los míos como cuidarían de mí, aún así, Raphe, quiero que estés preparado. Cuando todo termine –cuando tú y yo– pero no hace falta que añada nada más, excepto que Bridget no tendrá que avergonzarse de amar a la despreciada y burlada Zulmiera”. Y dicho lo cual, giró hacia atrás su grácil cabeza con el aire de una Cleopatra, al tiempo que un intenso carmín le cubría las mejillas, aumentando aún más, si cabe, el lustre de su mirada.

“¿Qué quieres decir, Zulmiera?”, inquirió el joven caballero, tan pronto como pudo hacerse escuchar, pues en su discurso esta había pronunciado sus palabras con tal rapidez, y de manera tan exaltada, que todos los intentos de él por interrumpirla habían sido infructuosos. “¿Qué quieres decir, mi querida Zulmiera? ¿Por qué esta mirada fulminante, este aire agitado? ¿Es porque ese puritano fari-

seo, matarreyes, te llamó sierva, que estos sueños salvajes (pues no sé cómo denominarlos si no) flotan por tu cabeza? No le hagas caso, querida; pronto serás mi mujer, mi legítima esposa, y entonces veremos quién se atreve a llamarte sierva, o a mofarse de tu origen. Que sepas que adoro cada uno de los mechones de esta negra cabellera”, y la estrechó con ternura hacia él, “más que todos los rizos y las pieles claras de las jactadas hijas de Inglaterra. Pero cúbrete bien con la capa, y volvamos a nuestro escondite de antes, donde te contaré todos mis planes, ya sabes”, dijo Raphe retomando el tema, cuando llegaron a su lugar de descanso sobre el viejo árbol, “que después de la desafortunada batalla de Naseby, en cuya sangría cayó mi valiente padre luchando por su legítimo soberano contra esos cabezas peladas de orejas largas (¡a cuya secta pertenece nuestro honorable gobernador!), mi enviudada madre, presa de un pánico irrefrenable, huyó de Inglaterra, llevándome a mí con ella, que por entonces era un mocoso de unos catorce años. Nuestro primer refugio fue Holanda, donde la reina, de quien tengo el honor de ser ahijado, había buscado protección algún tiempo atrás. Pero a mi madre no le gustaban aquellas tierras, y habiendo recibido cartas del hermano de su esposo, mi respetable tío, de quien conservo el nombre, en las que nos ofrecía asilo en Antigua, tomó la determinación de aceptar su amabilidad. Así fue que me convertí en residente de esta isla. Durante mis frecuentes visitas a la casa de la gobernación, cuando gobernaba allí la lealtad al rey, te conocí, mi querida Zulmiera. Como bien sabrás, creo, mi tío, que anteriormente fue mercader de la ciudad de Londres, recibió en donación, junto con *sir* Thomas Warner, un lote de tierra situado en esta isla, el adjudicador del cual fue el mártir Carlos. En una parte de dicha tierra, el hermano del joven Phillip Warner está construyendo una nueva vivienda, y cultivando los alrededores. Será un lugar estupendo cuando esté terminado, y Warner merece que así sea, puesto que hizo una heroica defensa en 1651, cuando el viejo Noll encomendó a *sir* George Ayscue que liquidara esta isla, porque, en verdad, estaba del lado de su legítimo soberano. Pero siguiendo con mi historia, que las valientes acciones de *sir* Warner desviaron de mi cabeza, en el día de hoy le confíe a mi madre nuestro compromiso. Ha escuchado atentamente la voz de su único y amado hijo, y está preparada para recibirte como hija suya. Mañana convocaré al gobernador –si bien aborrezco su presencia, desde su sombrero de alta alcornia hasta sus grotescas canillas– y formalizaré mi proposición. Si da su consentimiento de buena gana, bien; de no ser así, estoy seguro, querida, de que no tendrás miedo de dejar tu casa y tu protección a cambio del hogar y el calor de quien te quiere como yo te quiero. Mantengo la esperanza de que nuestro propio rey Carlos (¡Dios lo tenga en su gloria!) derrote a sus enemigos y se siente en el trono de sus padres; entonces visitaremos la vieja Inglaterra, y en mi propia mansión paternal, no dudo, mi hermosa Zulmiera, que conseguiré que te

olvides de tu isla natal y de tus salvajes sueños”. Dicho lo cual, con una mirada de profundo afecto y con porte gallardo, alzó la mano de ella hacia sus labios.

“¡Ay, Raphe!”, dijo la muchacha agitada, al tiempo que su amante daba por concluido su relato, el cual había escuchado atentamente sin respirar; “¡ay, Raphe! De haber sabido esto hace diez días tan siquiera, cuánto me hubiera, pero cuánto me hubiera ahorrado. Pero yo pensaba que tu madre nunca consentiría que la sierva del gobernador se emparejara con su noble hijo, y mi propia naturaleza de espíritu elevado, azuzada como ha sido por la burla sufrida, me ha conducido a un hecho que, tal vez, me arrebató el cáliz de la felicidad de los labios. Pero la cosa es”, murmuró, como si estuviera más en comunión consigo misma que respondiendo a su compañero, “pero la cosa es ser reina, y Raphe rey (lo prometieron, de lo contrario yo nunca habría consentido). No hay vuelta atrás, no llegados a este punto”. Alzó la cabeza, y le lanzó una mirada resuelta, pero al parecer medio inconsciente, al joven muchacho, quien sorprendido por su comportamiento y lenguaje, se quedó observándola con atención. Finalmente, agitándole ligeramente la mano para captar su atención, le preguntó una vez más por la causa de su extrema emoción. Al no recibir respuesta alguna de Zulmiera, cuyos grandes ojos oscuros estaban aún clavados en su rostro, se alarmó de veras y, en tono ansioso, le suplicó que no cogiera más sereno, y se tomara el reposo que tanto parecía necesitar, dentro del recinto de la casa de la gobernación. Dejándose guiar en dicha dirección, llegaron en silencio a los matorrales. Después de pedirle en vano explicaciones, y de oírle aseverar una y otra vez que no estaba seriamente indisputada, Raphe de Merefield le dio las buenas noches. Al doblar la esquina para alejarse, Zulmiera pareció recobrase, y dando un largo respiro, exclamó, “Mañana, querido Raphe, mañana lo sabrás todo... hasta entonces, cuídate”.

Durante unos instantes tras la marcha del joven caballero, Zulmiera permaneció de pie en la misma postura; y luego, presa de una excitación repentina, volvió a mirar gravemente a su alrededor, y al comprobar que todo estaba tranquilo, se aventuró fuera de los límites de los arbustos, y volviendo sobre sus pasos, regresó a un extremo del soto. Estaba a punto de hacer uso de la señal acordada, cuando de repente una oscura figura se acercó dando brinco sobre un promontorio natural, formado por plantas y matorrales silvestres. Al instante se encontraba delante de ella.

Con casi siete pies de altura, y su correspondiente anchura de hombros, el extraño parecía capaz de apostárselas a una docena de hombres de tamaño ordinario, al tiempo que todo su aspecto parecía diseñado para aterrorizar a su interlocutor.

Ataviado con una vestimenta confeccionada en paño rojo oscuro, que únicamente cubría su persona desde la cintura hasta las rodillas, el resto de su cuerpo estaba pintado de un modo sumamente repulsivo. Un cinturón negro de cuero que le cruzaba sus musculosos hombros sujetaba un enorme sable sin vaina, obtenido sin duda en algún saqueo predatorio, y cuya punta estaba roma y astillada con ocasión de numerosos encontronazos, y que le colgaba del flanco o le golpeaba inofensivamente las piernas desnudas. Su rostro, de rasgos naturalmente agradables, estaba desfigurado a causa de un maquillaje grotesco y de unas cicatrices horribles, al tiempo que una larga cabellera negra, a la que se habían fijado pequeñas piezas de cobre, botones de latón, así como penachos de plumas de loro, flotaba a sus espaldas en vedejas enredadas, dándole un aire de vagabundo. Atado alrededor del cuello por las mangas, a modo de capa, llevaba un viejo abrigo de regimiento, al que se le había cortado una parte del encaje, y que era otro de sus espolios de guerra. Sobre el pecho reposaba una sarta de dientes humanos –recuerdo silencioso, pero también melancólico, de sus hábitos– cuyo blanco mortecino contrastaba vivamente con su piel oscura. El extraño era Cuanaboa, el temible cacique caribe.

Rindiéndole a Zulmiera su sencilla pleitesía, se dispuso a conversar recalcando un tipo de dialecto bárbaro: “el Boyez⁴ acordó en reunirse cuando la gran estrella”, dijo apuntando a la luna, “se alzara sobre la loma, y la lady prometiera obediencia; pero ahora está luciendo por encima de nuestras cabezas, y el encanto puede romperse... ciertamente el arco puede estar curvado y la flecha avanzar veloz en su camino, y sin embargo caer al piso bien lejos del blanco. Nos reunimos esta noche, es verdad; pero la hora estipulada por el Boyez ya pasó hace rato, y ahora tal vez nuestro propósito fracase y se nos escapen nuestros enemigos”. “¡Ay, no! Cuanaboa, no piense así”, replicó Zulmiera, “no haga caso de las palabras indomables del viejo Boyez; ¿piensa que a mí me importa lo que diga?”. “Sí, mi lady, pero usted ha perdido la fe de sus padres, usted ha vivido demasiado entre cristianos; pero eso no importa ahora, hablemos de nuestros planes. Yo mismo y mis compañeros hemos acordados encabezar el asalto de aquella casa a esta hora mañana por la noche, y queremos que se encargue de extraer de sus armas esas piedrecillas redondas que matan a tantos de los nuestros, y que no sabemos cómo. Guacanagari se ha unido a mí con el doble de hombres”, dijo alzando la mano bien abierta y estirando los dedos, “y con la canoa más sofisticada que haya vadeado jamás estos mares. Atracó con su partida justo cuando el sol tocaba las aguas, un momento mal escogido por él, pues son demasiados los ojos ociosos a esas horas. Espero, sin embargo, que nadie los viera, excepto sus hermanos rojos, puesto que acecharon de arriba abajo la parte más tupida del bosque, y

ahora su canoa está ahí varada, al resguardo de aquellas altas orillas, mientras ellos descansan a salvo en la cueva⁵, asistidos por la vieja Quiba. Ahora bien, mi lady, en cuanto los hombres blancos queden sometidos, y caigan a nuestra vera, hipnotizados con nuestras flechas, y nos sirvan de sacrificio a Mayboya⁶, la consideraremos a usted como nuestra reina...”

“Y a Raphe como a nuestro rey”, se apresuró a interrumpir Zulmiera. “Usted me lo prometió, de lo contrario, yo nunca habría llegado a semejante acuerdo. De haber conocido a Cuanaboa como lo he conocido esta noche, ni siquiera esa propuesta de grandeza me habría tentado en convertirme en una traidora, en prometer, como he llegado a hacer, que abriría las puertas de donde he vivido tanto tiempo, que daría entrada al enemigo, para que calmara sus miedos, mientras que simultáneamente perros más que feroces tocaban a su puerta. ¡Ay, Cuanaboa! Podría haber sido tan feliz, si tan solo hubiera esperado pacientemente un poco más, más feliz como mera amante de Merefield, que lo pueda ser, tal vez, como reina de los caribes; pero no vale la pena lamentarse ahora; he dado mi palabra, y para bien o para mal, Zulmiera la cumplirá”.

Unas largas pestañas caían sobre sus encendidos ojos. El latido de su corazón era perceptible al oído y la sacudía de arriba abajo. Pero, recobrándose, continuó: “Hay otro tema que abordar, Cuanaboa; la hija del gobernador es mi mejor amiga, así que ni qué decir tiene que ha de salir ilesa de la refriega, y hay que salvaguardarla con el más escrupuloso cuidado. Quiero que se encargue personalmente de ponerla a buen recaudo. ¿Comprende lo que quiero decir?”. “Sí, mi lady; iba a comentarle, cuando me interrumpió, que como es su deseo que ciertos enemigos sean preservados vivos, en especial la joven rubia que apenas mencionó, convendría que usted misma le diera sus órdenes a Guacanagari, y a tal fin, le recomendaría que visitara con ella la cueva mañana al atardecer, cuando tenemos pensado celebrar una asamblea en toda regla, así como un baile, previo al comienzo del ataque. Guacanagari estará feliz de conocerla, y quedará tan encantado con la moza y su juventud como yo”. Una expresión bien siniestra, que le pasó desapercibida a Zulmiera, se reveló en el rostro del jefe caribe. “Además, lady, no es sino lo suyo que Guacanagari conozca a su reina, nunca el pueblo caribe tuvo una antes”. “Acudiré”, replicó Zulmiera. “Ya es pasada la medianoche, deberíamos ir yendo”, dicho lo cual, se inclinó ante el caribe, y cubriéndose con la capa, se alejó con la dignidad de una reina.

El caribe mantuvo su oscura mirada clavada en ella hasta que la perdió de vista, y en cuanto las matas intermedias se le interpusieron, estalló en estrepitosas risas.

“Así que la bella altiva se cree que un pueblo que apenas ha conocido lo que es el control, se va a doblar al dominio de una muchacha y su chico de carita blanca ¡ja, ja, ja! Y si los formidables milanos eligieran a un rey, ¿sería este un colibrí? ¡No! En el caso de que los caribes siguieran las costumbres de los forasteros que han llegado entre nosotros y nos han despojado de nuestras tierras más fértiles, y nombraran a un rey, ¿quién debería ser, sino Cuanaboa? Pues, ¿quién ha matado a tantos enemigos y ha bebido su sangre como yo? ¿O quién puede hacer gala de una sarta tan larga de dientes como los que yo tengo?”, dijo jugando con la que adornaba su cuello. “Si Zulmiera es reina, tiene que serlo como mi esposa, y lo cierto es que ella me vendría bien para inflar mi triunfo más de lo que pensaba. Pero por lo que respecta al joven, su raza está prácticamente acabada; para mañana a estas horas, dudo que me dé ningún problema más. Qué bueno que vine tan temprano esta noche, y así tuve ocasión de presenciar la reunión. Ojalá pudiera haber entendido lo que se dijo, pero esta gente de rostro pálido habla de un modo tan nauseabundo, que es difícil saber lo que quieren decir. De todas formas, no importa, fue suficiente con lo que vi, y como mi propósito es que Zulmiera sea mi premio, en breve me desharé del joven. Será un magnífico sacrificio para el viejo Mayboya. Los hombres blancos están mejor cebados que los pieles rojas, eso es indiscutible”. Una vez finalizado el soliloquio, se levantó del piso, y saltando por encima de los matorrales, desapareció de la vista entre la inmediata arboleda.

La mañana siguiente a este memorable encuentro se levantó clara y luminosa. Bridget y Zulmiera estaban sentadas junto a una ventana abierta, inhalando la agradable brisa, al tiempo que se concentraban en su bordado. La pálida dama inglesa estaba describiendo su lejana tierra, mientras que Zulmiera observaba la zona de la arboleda mencionada anteriormente, con la atención puesta en una pluma blanca que apareció momentáneamente sobre las copas de los árboles, conocida señal que indicaba la presencia de Raphe de Merefield. Esbozando una excusa, abandonó brevemente los aposentos, y dando un rodeo para escapar toda vigilancia, a los pocos momentos se presentó en las inmediaciones del viejo árbol, donde, tal y como cabía esperar, encontró a su amado. “Zulmiera”, dijo el joven, tras unas primeras saluciones, “he sufrido lo indecible desde que nos separamos, y todo a causa de las extrañas palabras que se te escaparon ayer tarde. Necesitaba verte para reclamarte, como tu prometido esposo que soy, su significado. Dime, Zulmiera, con el corazón en la mano, o como Willy Shakespeare dijo: ‘Si me amas, muéstrame lo que piensas’”.

Aturdida por esta repentina reacción, y sorprendida por su serio semblante, Zulmiera no consiguió menos que aflojar su precaución, y rompiendo a llorar, le

confesó a su amado, lo mejor que pudo, los siguientes hechos. Habiendo sido tratada con gran desprecio y dureza por el gobernador, y considerándose a sí misma descendiente de un linaje de caciques, y por tanto con derecho a ser respetada, un profundo e irresistible sentimiento de venganza se había agolpado en su pecho, y acaparaba cada uno de sus pensamientos. Una noche, mientras deambulaba, como solía acostumar, entre románticos valles y frondosos laberintos de sus islas natales, llegó a una curiosa cueva. Su pasión por la novedad la indujo a explorarla, pero cuando se disponía a hacerlo, un par de ojos fulminantes la echó para atrás alarmada. Incapaz de reprimir su temor, y tan sobrecogida por el encontronazo como para salir huyendo, se apoyó contra la entrada rocosa de la cueva. Saliendo apresurado de su escondite, un portentoso hombre, a quien inmediatamente reconoció como caribe, se abalanzó sobre ella, y tapándole la boca con la mano para impedir que se oyeran sus gritos, a punto estuvo de llevársela como su prisionera.

Aterrorizada como estaba, aún acertó a declarar su origen y a exigir clemencia, dado su parentesco consanguíneo. El corazón de un caribe nunca desatiende una petición semejante. El brazo que la agarraba por el hombro se relajó; el guerrero armado se quedó parado a su lado en silencio, y a continuación se sucedió entre ellos una conversación en lengua caribe (lengua que Zulmiera había aprendido de su madre).

El extraño se presentó como jefe caribe, de nombre Cuanaboa, y con la facilidad que le caracterizaba a ese pueblo entre sus amigos, le hizo saber a Zulmiera la causa de su aparición en aquella solitaria cueva. Cuanaboa dijo que, siguiendo el ejemplo de sus padres, había decidido atacar Antigua, junto a un cacique vecino y sus varias tribus. Pero en un consejo de guerra que habían celebrado, se había acordado que hiciera una visita secreta a la isla, a fin de explorarla e intentar determinar cuáles eran sus partes más débiles. Así pues, abandonó su casa de la montaña en Dominica, y él mismo cruzó vadeando en una ligera canoa. Encontró la cueva sin dificultad. Esta era bien conocida entre la tribu de anteriores visitas depredadoras por la zona.

Zulmiera escuchó atentamente su mensaje, y aún estando tan exaltada como estaba, pensó que sería una buena oportunidad para procurarse una venganza efectiva. Después de concertar la seguridad de Raphe de Merefield, con quien hacía tiempo que estaba comprometida, finalmente prometió que en la noche acordada abriría las puertas de la casa de la gobernación para que la banda de los caribes accediera al recinto. Inconsciente del poderío de la armada real de Antigua, y

guiada por sus propias pasiones turbulentas y románticas, la muchacha india dio por supuesto equivocadamente que un puñado de caribes medio armados sería capaz de aterrorizar a los ingleses y competir con sus organizadas filas. En consonancia con su desatada exaltación, Zulmiera propuso incluso que en recompensa, una vez ganada la batalla y habiendo derrotado a los ingleses, debería ser nombrada reina inmediatamente, y Raphe rey de los caribes. Tuvieron lugar otras muchas reuniones entre ella y el jefe caribe. Concluyó su relato informando a Raphe de la inminente llegada de toda la banda de caribes, y que la medianoche era la hora propuesta para el asalto programado a la casa de la gobernación.

La sorpresa, la consternación, del joven, según ella iba revelándole la historia, fue abrumadora, y por unos instantes se quedó paralizado, como agarrado al piso. Al final, golpeándose la frente con la mano, exclamó, en un tono de suma amargura: “¡Ay, Zulmiera, Zulmiera! ¡Qué es lo que has hecho! Sin duda se trata de una pesadilla, y sin embargo es demasiado cierta. De no haberme preocupado tanto, no me habría enterado. Esta noche, ¿dices? Desdichada muchacha, ciertamente me has quitado la miel de los labios. Ahora entiendo esa emoción tuya tan a flor de piel... ¡tu expresión medio ahogada! Pero debo irme: las vidas de cientos, tal vez, dependen de mis pasos”. Visto y no visto, desapareció de su vista, dejándola presa de la desesperación.

Apoyada a un árbol en busca del sostén que sus propios miembros le negaban, la pobre Zulmiera permaneció con el rostro enterrado en sus manos, hasta que el sonido de unos pasos la hizo reaccionar. Alzando la mirada con premura, se encontró con Raphe de nuevo ante ella. “Mi querida Zulmiera”, dijo el joven lleno de compasión, “levántate; no puedo dejarte así; aún se puede enmendar todo. Iré inmediatamente donde el gobernador, y sin implicarte como mi informante, le haré saber del inminente ataque. Por mucho que me desagrade el hombre, es lo más correcto que puedo hacer, así que sécate ahora mismo las lágrimas”, pues por las mejillas de la muchacha arrepentida caían estas vehementes de nuevo a borbotones. “Vuelve a la casa, estate tranquila, y deja el asunto en mis manos”. Dicho lo cual, le plantó un tierno beso en la ceja, y dándose la vuelta, apresuró sus pasos en dirección opuesta.

Controlando sus emociones, Zulmiera volvió a casa, decidida a salir en busca de la cueva en cuanto cayera la tarde, y a ser posible, persuadir a Cuanaboa de la impracticabilidad de sus planes, y así de paso evitar el baño de sangre que indudablemente el encuentro entre los caribes y los ingleses iba a producir.

Entre tanto, Raphe fue en busca del gobernador, y sin sacar a colación el nombre de Zulmiera, se las arregló para darle la información necesaria, asumiendo él mismo el cargo de vigía. Inmediatamente se adoptaron los preparativos necesarios para afrontar el plan de ataque: se concertaron emboscadas, y se limpiaron armas de fuego. Con gran expectación la partida esperó la salida de la luna.

Según iba terminando el día, así también fue incrementando el nerviosismo de Zulmiera, hasta que finalmente, incapaz de soportar el conflicto entre sus sentimientos, salió de la casa, y sin que se percatara la familia, se dirigió hacia la cueva para propiciar el pactado encuentro. El sol se había hundido detrás de las olas, y las estrellas empezaban a proyectar su parpadeo, cuando la medio caribe llegó a la entrada del bosque. Avanzando cuidadosamente a través de matas, y sorteando numerosos obstáculos, se fue adentrando más y más en una espesura cada vez más tenebrosa. El aire estaba calmado y nada parecía perturbar una calma prácticamente pura, excepto el susurro de la suave brisa, o el chillido estridente de algún ave acuática que hacía de la arboleda su casa. En algunas partes el follaje no era tan espeso, y los rayos de la luna, que salía en esos momentos, se abrían paso, aventándose contra el piso, formando muchas y formidables sombras. Por todas partes yacían árboles arrancados y sin savia, en torno a los cuales los parásitos proliferaban en abundante belleza, y cubrían la blanqueada leña con verdes guirnaldas. En otras partes, los árboles y matas más grandes dejaban paso a densas espesuras de espinoso matorral, por donde a la activa muchacha no le quedaba más remedio que saltar.

Siguió adelante a toda velocidad, parando únicamente de vez en cuando para retomar aliento, y a continuación seguir adelante disparada a una velocidad superior, hasta llegar a una pequeña loma, donde había guijarros de cristal dispersos por el piso, y el manzano de la muerte estaba a rebosar de manzanillas venenosas, hermosas y engañosas cual “frutos del mar Muerto”. Una marca en uno de los árboles le dijo que estaba cerca de su destino, y atravesando en zig-zag otra espesura, Zulmiera se plantó ante la boca de la cueva.

El interior estaba iluminado por unas cuantas antorchas de alguna madera resinosa, clavadas en las fisuras de la roca. Su brillante luz se reflejaba en los rostros oscuros y las vestimentas salvajes de los reos. Toscamente trenzadas entre sí, parte de las ramas de los árboles estaban colocadas ante el ingreso, y servían para salvaguardar la luz de las antorchas del campo de la visión de cualquier extraño que deambulara por allí. Así mismo, delante de la entrada se había vaciado el piso, formando una especie de anfiteatro rústico. En cuanto se percataron de la

presencia de la muchacha, Cuanaboa salió al frente y se la presentó a Guacanagari, así como a algunos de sus principales seguidores, que daban la sensación de estar únicamente esperando su llegada para dar comienzo a su solemne danza, tal y como era costumbre entre los caribes, antes de emprender cualquier combate.

Saliendo apresurados de la cueva, una veintena de estos salvajes guerreros se dispusieron en círculo en torno a una anciana, conocida entre ellos por el nombre de Quiba, quien a gachas en el piso, entonaba en voz monótona el peso central de un cántico de guerra. Moviéndose lentamente, los hombres se unían al cántico en el estribillo: “¡Venguen los huesos de sus padres, que se blanquean postrados en la llanura!”. Sin cesar el movimiento giratorio, más bien incrementando su celeridad gradualmente, finalmente llegaron a lo que parecía ser el punto climático de sus pasiones, y soltándose las manos comenzaron a dar vueltas y vueltas a toda velocidad, arrancándose el pelo, y rechinando los dientes, y por último se arrojaron al piso, echando espuma de la rabia.

Zulmiera, aterrorizada con sus frenéticos movimientos y horripilantes contorsiones, se apoyó temblorosa contra el tronco de un árbol, hasta que sobresaltada por una exclamación de la anciana, notó la presencia de otra partida de salvajes, al parecer de grado inferior, que traían en grandes güiras y cestas pedazos enormes de carnes asadas, así como cuencos con algún tipo de líquido. Dejándolo todo en el piso, se retiraron; y la vieja Quiba, abandonando su postura reclinada, agarró uno de los pedazos de carne, y tirándoselo a los extenuados guerreros, exclamó, con voz cascada: “¡Coman de la carne de sus enemigos, y venguen los huesos de sus padres!”.

Al tiempo que pronunciaba estas palabras, los hombres saltaron del piso, y abalanzándose sobre los víveres, los devoraron con salvaje avidez. Mientras, Cuanaboa, alzando uno de los pedazos de carne más pequeños, se dirigió a Zulmiera, y con dureza, le invitó a que se lo comiera. Alarmada por sus feroces maneras, pero sin atreverse a dar muestras de ello, la temblorosa muchacha ensayó obediencia, y llevándose una porción de la carne a la boca, con poderoso esfuerzo se la tragó. Apenas efectuó este acto, Cuanaboa, estallando en horribles risas, y con los ojos fulgurantes como los de una hiena, le gritó a la anciana, que acababa de entrar en la cueva: “Tráigale nuestro presente a nuestra reina. Qué duda cabe que se lo merece, ¡ahora es una de nosotros!”.

Asustada por su evidente ironía, Zulmiera se dio la vuelta en el preciso instante en el que Quiba emergía de un pasadizo natural del interior de la cueva, portan-

do en su mano un pequeño saco, que con sonrisa sardónica, posó a los pies de la atenta muchacha. “Ahí tiene, lady; ese es nuestro primer presente”, graznó la vieja arpía. “Eso es, levántelo, y no pierda detalle. Mayboya, su fiel amigo, le enviará muchas más, eso espero”. Dicho lo cual, fue cojeando hasta una de las antorchas y sacándola de su punto de sujeción, la sostuvo ante el rostro de Zulmiera.

Arrastrada por un deseo irresistible por conocer lo peor, Zulmiera se agachó y desanudó los pliegues de tela roja que envolvían el regalo ofrendado. Después de estar un rato desatándolo, el envoltorio se sentía húmedo al tacto. Presa de pánico y sin saber por qué, se le cayó el último pliegue, y con él una cabeza humana fue rodando por el piso.

Dando un grito de espanto, pero movida por sus irrefrenables emociones, volteó el ensangrentado objeto, y como las antorchas iluminaban con más viveza aún, su mirada se clavó en las pálidas facciones. Los ojos azules, vidriosos por el toque de la muerte, y sobre los que las asustadas pestañas se negaban a plegarse... los labios entreabiertos con el último espasmo agónico dejaban ver unos dientes lustrosos como perlas... las mejillas, de moldura exquisita, estaban sin embargo desfiguradas por una profunda incisión... y la larga cabellera color caoba, untada de la sangre que todavía rezumaba de las tajadas venas. ¡Todas ellas eran las facciones de Raphe de Merefield! A Zulmiera se le congeló la sangre alrededor del corazón como el hielo... el pulso le vaciló y se le paró... y con un prolongado chillido, la pobre Zulmiera cayó inconsciente al piso.

Recobró el sentido con ayuda de una hierba acre que Quiba le aplicó en las fosas nasales y volvió a la consciencia de toda su miseria. Su mirada se clavó de nuevo en la cabeza mutilada de su amado, al tiempo que la voz demoníaca de Cuanaboa le susurraba al oído: “La carne que acabas de ingerir era parte del cuerpo de tu compinche. Me lo encontré deambulando por la arboleda hace un rato, y se me ocurrió que haría un sacrificio exquisito para Mayboya”. Esta última y horrible información acabó por perturbarla por completo, y transformó la disposición tierna y amorosa de la muchacha en una diabólica. Levantó la cabeza y plantó un ferviente y largo beso sobre los labios manchados de sangre; la envolvió de nuevo en la tela roja, y ajustándosela cuidadosamente a la cintura, se dispuso a abandonar la cueva, pero fue retenida por la poderosa zarpa de Cuanaboa.

“¡No tan rápido, lady!”, exclamó el jefe caribe. “Acuérdese de su juramento ante Mayboya. Seguimos necesitados de su asistencia y guía hasta la casa del jefe

blanco. Acuérdesse que es parte de su compromiso: entraremos, y cuando hayamos eliminado al enemigo, seguiremos encantados de recibirla como nuestra reina, es decir, si accede a tomarme como su rey en vez de a ese chiquillo de rostro pálido, cuyo cuerpo ha servido para complacernos a nosotros y a nuestro pueblo”. Con ojos que destellaban fuego, Zulmiera estuvo a punto de replicar, pero se contuvo repentinamente, y simplemente murmuró: “¡Mi juramento ante Mayboya!... ¡sígueme, pues!”, y con decidida intención, salió de la cueva.

A este punto, la comitiva de caribes al completo, de unos ochenta integrantes, se dio cita alrededor, armados con arcos y flechas, garrotes, dardos, lanzas y todo tipo de rudos utensilios de guerra. Hicieron acto de presencia los dos jefes; señalaron hacia la luna... luego, en rápida ascensión hacia los cielos... y pronunciando un contenido grito de guerra, iniciaron su marcha en dirección a la casa de la gobernación, precedidos por la medio caribe.

Insensible al dolor, Zulmiera atravesó disparada las espesuras más espinosas, y no cejó ante ningún impedimento. Pero resistiendo gracias a sus deseos de venganza, rebasó a los integrantes más activos de la comitiva. Sabiendo, como sabía, que los ocupantes de la casa de la gobernación estaban preparados para el ataque, estaba segura de que pocos, si acaso alguno, de los caribes escaparía. Sin embargo, con el ánimo completamente perturbado por los efectos de las horribles escenas que había vivido, no experimentó ningún sentimiento de abatimiento ante el acontecimiento que se avecinaba. Su único deseo, su sola obsesión, era la de hacerse con una daga –apuñalar a Cuanaboa en el corazón, beberse su sangre caliente no más saliera a borbotones– y, después de lavar la cabeza de su amado con ella, matarse allí mismo. Para engañar a Cuanaboa, fingió que su temor hacia Mayboya le hacía guiar la comitiva, convencimiento que su propio fervor ciego por tan temible deidad le inducía a creer.

En consonancia con su espantoso plan, se cuidó de evitar aquellos lugares donde suponía que los ingleses estacionarían alguna emboscada, por miedo a que otra mano le arrebatara la vida del cacique. Así pues, fue avanzando camino de la casa, considerando que allí tendría más probabilidades de procurarse un arma. Cuando al pasar por una masa de árboles, uno de los vigías del gobernador, que estaba estacionado justo detrás –y que no pudo evitar, teniendo tan cerca de él la presencia del jefe caribe, no intentar quitarle la vida–, saltó de su escondite, y abalanzándose sobre Cuanaboa, se dispuso a apuñalarlo, imitando el bramido de algún animal salvaje enfurecido al que se le hubiera robado la presa, Zulmiera se le echó encima. Forcejeando por el arma con el sorprendido inglés, la enloque-

cida muchacha salió huyendo detrás de los caribes, quienes intimidados por este encuentro y la repentina aparición de una tropa de soldados, se habían dispersado todos despavoridos y a toda velocidad, hacia la ensenada donde habían dejado sus canoas.

Muchos de los caribes cayeron heridos por el camino, por el fuego abierto por los mosquetes de sus perseguidores. Pero Cuanaboa, seguido muy de cerca por Zulmiera, se mantenía en pie, hasta que, habiendo pasado por la misma ondulación de terreno, sin más remedio que adentrarse en la espesura, saltando todo tipo de obstáculos naturales, moviéndose con sigilo por frondosos pasajes, llegaron a la ensenada. Pero ¡casi hora para los caribes! Una comitiva de ingleses, embarcados en acalorada persecución, les conducía en realidad a una trampa, justo en la ubicación de sus armas. A lo largo de esta irregular y apresurada retirada, Zulmiera en ningún momento había dejado caer su puñal, ni su espantosa carga; tampoco había perdido de vista a Cuanaboa. Mientras tanto el jefe, viendo cómo ella interceptaba el arma de su pecho descubierto, cuando un golpe de la mano del inglés le habría causado la muerte, pensó que le había perdonado su horrible acto de barbarie, y estaba complacido de tenerla cerca de él.

Al salir de los claros más intrincados del bosque, una nube de humo apareció sobre los árboles. Ya en la explanada, los caribes fueron conscientes del alcance real del peligro que los acechaba. Allí estaban sus canoas, un amasijo en llamas. La primera línea de frente estaba ocupada por otra banda de ingleses, pertrechados para la batalla. Encorsetados por todas partes, los caribes lucharon con la furia de bestias desatadas, y vendieron caras sus vidas. Muchos de los ingleses yacían dispersos por la arrasada explanada por los golpes asestados por sus pesados garrotes; mientras que otros, heridos por sus envenenadas flechas, solo vivieron para soportar adicionales suplicios. Cuanaboa, sin embargo, seguía ileso. Subido a una loma de suave inclinación, blandió su garrote y repartió destrucción a diestro y siniestro entre sus principales enemigos. Sus amigos iban cayendo rápidamente a su alrededor, y al girarse para proveerse de refugio, Zulmiera se le acercó sin que él se percatara, y de un golpe, le clavó el puñal en el mismísimo corazón.

Sin un gemido siquiera, el jefe caribe cayó muerto en el piso, y Zulmiera, arrodillándose a su lado, le sacó el arma de la herida, y aplicando sus labios, ¡se bebió la sangre caliente que salía a borbotones! Desató la cabeza del pobre Raphe de Merefield de su cintura, donde la había llevado todo el tiempo durante la refriega. La miró con fervor. Tiernamente apartó el pelo aún lustroso, selló un último beso

sobre los fríos labios. A continuación, llevando en la mano algo del flujo vital que todavía fluía de la herida de Cuanaboa, formando un charco a su alrededor, lavó la cabeza, al tiempo que exclamaba: “Raphe, ¡estás vengado! Tu enemigo yace muerto ante ti, yo misma lo he matado con mis propias manos. Y tu prometida, fiel en la vida y en la muerte, viene a compartir tu ensangrentado lecho”.

Una vez completado su plan, alzó la mirada. Los moribundos y los muertos yacían dispersos a su alrededor, los victoriosos ingleses se ocupaban de sus prisioneros, un último resplandor de fuego armado se disparaba arriba hacia el cielo, la luna había llegado a su cénit, mientras que, como en contraste con el campo ensangrentado, las aguas de la ensenada rodaban como plata fundida, bajo su sugerente luz. Por un instante, la salvaje pero hermosa muchacha observó el escenario con atención. Viejos recuerdos se agolparon a su memoria, y unas lágrimas asomaron en sus ojos. Pero interceptándolas de inmediato, recobró su anterior e implacable ánimo, y al acercarse a ella una partida de siervos del gobernador para arrestarla, cogió la cabeza de su amado con una mano, alzó con la otra el puñal—su radiante acero resplandeció por un instante bajo la luz de la luna—, acto seguido, este estaba clavado en su corazón, y el cadáver caía sobre aquel terrible cacique, al que debía toda su desdicha.

Aún puede apreciarse el escenario de esta tragedia antiguana; la ensenada lleva el nombre de la Ensenada del Indio⁷, mientras que la cueva en la que celebraban sus barbáricas reuniones se llama La Cueva del Murciélago⁸. El gobernador siguió en el cargo hasta 1660, cuando Carlos II fue repuesto en el trono vacante. Pero como rechazara reconocer su soberanía, fue retirado, siendo reemplazado por el mayor general Poyntz, lealista que continuó siendo gobernador hasta 1663, cuando a lord Francis Willoughby le fue concedida la isla.

El nombre de Raphe de Merefield (el tío del joven caballero) aparece junto al de sir Thomas Warner en la concesión original firmada por Carlos I. Aún puede verse en Stoney Hill, una hacienda perteneciente al último Samuel Warner, presidente de Antigua, y descendiente de la vieja familia. Dicha propiedad se la legó a su ahijado, Sr. Shand, de la casa de los Sres. Shand, de Liverpool.

Notas de la traductora

- * Esta leyenda está incluida en la siguiente publicación original: *Antigua and the Antiguans: a Full Account of the Colony and its Inhabitants from the Time of the Caribs to the Present Day, Interspersed with Anecdotes and Le-*

gends: Also, an Impartial View of Slavery and the Free Labour Systems; the Statistics of the Island, and Biographical Notices of the Principal Families. (1844). 2 vols. Londres: Saunders and Ottley. Se puede acceder al texto original aquí: <http://www.gutenberg.org/files/38788/38788-h/38788-h.htm#ch23>

1. Así eran llamados los parlamentaristas partidarios de Cromwell.
2. Lugar conocido actualmente como Mamora Bay.
3. En la actualidad llamado English Harbour.
4. Líder religioso entre los caribes.
5. Actualmente llamada La Cueva del Murciélago (Bat's Cave).
6. Deidad suprema entre los caribes.
7. Indian Creek.
8. Bat's Cave.